

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas  
La información aquí presentada es de carácter informativo  
y no constituye un juicio de la UNAM



ARTÍCULOS



Manuel Gutiérrez Nájera fue hombre de su tiempo. Además de conocer las letras mexicanas, llegó a tener conocimiento de las literaturas extranjeras como la francesa, inglesa, alemana, italiana, griega, rusa, norte y sudamericana, amén de la española, ya que él mismo recomendaba el "cruzamiento en literatura" y decía con justa razón: "Los únicos poetas que sobresalen, conocen literaturas extranjeras". Refiriéndose a la literatura española en especial, decía que mientras más prosa y poesía importara, más produciría y de más cuantiosos productos sería su exportación, pero aclaraba: "No quiero que imiten los poetas españoles; pero sí quiero que conozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas, siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento".<sup>1</sup>

En este estudio, nuestro propósito consiste en dar a conocer el panorama de la literatura norteamericana (no de la literatura inglesa) del siglo XIX, presentado por Manuel Gutiérrez Nájera en un interesante ensayo que comprende 5 artículos, en los que, como siempre, advertimos sus múltiples lecturas y su vasta cultura. Los primeros cuatro, forman una serie que bajo el título de "La Evangelina, de Longfellow", publicó el periódico *La Libertad*, durante el mes de octubre de 1884, firmada por "M. Gutiérrez Nájera" y la dedicatoria: "A Joaquín D. Casasús". El quinto artículo que complementa nuestro estudio, fue escrito cuatro años después y publicado en *El Partido Liberal*, por el mes de diciembre de 1888, con el título de "Ramona, novela americana por Helen Hunt Jackson. Traducción española de José Martí", también amigo muy querido del poeta, quien en esta ocasión firma con el seudónimo de "El Duque Job". Por tanto, los artículos que forman este ensayo sobre la literatura norteamericana del siglo XIX, fueron motivados por dos traducciones españolas, de dos obras de autores norteamericanos, a saber: la *Evangelina*, poema escrito por Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), traducido por el poeta mexicano Joaquín D. Casasús; y *Ramona*, novela escrita por Helen

<sup>1</sup> Véase Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras. Crítica literaria I. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana. Investigación y recopilación de E. K. Mapes. Edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez. Introducción de Porfirio Martínez Peñaloza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959 (Centro de Estudios Literarios, 4), p. 103-104.

Hunt Jackson (1831-1855), traducida por el poeta y prosista cubano José Martí (1853-1895).<sup>2</sup>

Para el periodista los temas son inagotables y a veces el artículo, ensayo o comentario, surgen de una manera inesperada; así aconteció aquella ocasión en que, durante la sesión del Liceo Hidalgo efectuada el 16 de septiembre de 1884, el poeta Joaquín D. Casasús leyó la traducción en verso, del inglés al castellano, del poema *Evangelina* antes mencionado. La calidad, tanto del poema como de la traducción, dio lugar al ensayo escrito por M. Gutiérrez Nájera.

Investigamos que por aquella época, el poema había sido traducido al francés por un autor anónimo en París (Librairie Hachete et Cie., 1883); que en 1885, la versión de don Joaquín D. Casasús, fue publicada en México, con prólogo de Ignacio Manuel Altamirano, fechado en: "México, abril 28 de 1885" (Tip. "El Gran Libro", J.F. Parrés y Ca., 1885, LXIV, 177 p.), y esta obra fue tan solicitada, que ese mismo año de 1885, fue publicada nuevamente en México, con el título de *Evangelina* (México: Tipografía de Mena y Vilaseca, 1885, LXIV, 177 p.), pero la segunda edición propiamente dicha, apareció en 1901 (México: Imprenta de Ignacio Escalante, 1901, 188 p.), dedicada por Ignacio M. Altamirano: "A mi hija Evangelina, México, Octubre de 1901". En el prólogo, entre otras cosas dice: "Pues este poema que con *El canto de Hiawatha* [poema escrito también por H. Longfellow] constituye el verdadero título que tiene Longfellow a ser llamado uno de los patriarcas de la literatura nacional americana, es un poema esencialmente americano, por su asunto, por su colorido, por su carácter descriptivo que lo distingue, tanto respecto de los cuadros, como respecto de los personajes, en fin, por el reflejo que se contempla en él, de la vida y de la naturaleza americanas". A su vez, el traductor mexicano Joaquín D. Casasús agregó una nota aclaratoria en los siguientes términos: "He hecho a la traducción innumerables traducciones aunque no tantas cuantas sería menester; pero casi todas ellas tienen por objeto interpretar fielmente al poeta, muy a menudo traicionado y no siempre bien comprendido por mi inexperiencia juvenil" (p. 7).

El citado poema también fue traducido al castellano en octavas reales, por el diplomático chileno Carlos Morla y Vicuña, durante su estancia en los

<sup>2</sup> La serie de cuatro entregas que se publicaron sucesivamente en *La Libertad* bajo el título "La *Evangelina*, de Longfellow", firmada por "M. Gutiérrez Nájera" y dedicada "A Joaquín D. Casasús", aparecieron en la forma siguiente: I) Año VII, núm. 239 (México, 21 de octubre de 1884), p. 2-5; II) Año VII, núm. 240 (México, 22 de octubre de 1884), p. 2; II) Año VII, núm. 242 (México, 24 de octubre de 1884), p. 2; III) Año VII, núm. 244 (México, 26 de octubre de 1884), p. 1. El último artículo que complementa nuestro estudio se publicó como una de las "Humoradas dominicales" en *El Partido Liberal*, t. VI, núm. 1138 (México, 23 de diciembre de 1888), p. 1, bajo el título de "*Ramona*, novela americana por Helen Hunt Jackson. Traducción española de José Martí", firmada por "El Duque Job".

Estados Unidos, cuando fue como secretario de la legación enviada a aquel país, para negociar la tregua con España; esta traducción también fue tan notable, que le valió una entusiasta felicitación del propio autor.

Hemos encontrado otra traducción francesa titulada *Evangéline. Conte d'Acadie*, por Charles Brunel (2a. ed., París: Hachette et Cie., 1872, 119 p.); la versión italiana, *Evangelina*, traducida por Pietro Rotondi L. Bortolotti (terza edizione riveduta e corretta. C. Topografi-Editori in Milano 1873-1880) y una traducción castellana en prosa, por don Álvaro L. Núñez, titulada *Cuento de Acadia* (Barcelona: J. Roura, A. del Castillo Editores, s.a., 128 p., Biblioteca Ilustrada, 12).<sup>3</sup>

Pero Manuel Gutiérrez Najera, al iniciar su estudio, menciona otros poemas de poetas norteamericanos traducidos al español por el escritor cubano Pedro Santacilia y Palacios (1826-1910), quien llegó a ser secretario particular de don Benito Juárez durante su gobierno, y por el abogado y notable político mexicano Ignacio Mariscal (1829-1910); grandes amigos y de iguales aficiones literarias. Esos poemas fueron publicados por Guillermo Prieto en el tomo tercero de su *Viaje a los Estados Unidos*, el año de 1878,<sup>4</sup> en la forma siguiente: las traducciones de Pedro Santacilia fueron: "El presentimiento", de William Cullen Bryant (1794-1878), p. 254-255; "Mi vida", del poeta y dramaturgo irlandés Oscar Wilde (1854-1900), p. 255-256, reproducida en el periódico *El Domingo*, t. III, n. 25, p. 368; y "La tarde de febrero", de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), p. 256-257. Los poemas traducidos por el licenciado Ignacio Mariscal fueron: "La hija del cacique", de George Pope Morris (1802-1864), p. 258-259 y "El cuervo", de Edgar Allan Poe (1809-1849), p. 259-265, con la dedicatoria: "A mi amigo Pedro Santacilia", fechado en "Washington, Marzo 30 de 1867". En este punto conviene agregar que la obra del poeta, escritor de cuentos y ensayista norteamericano, Edgar Allan Poe, fue leída por M. Gutiérrez Nájera en francés, en especial la biografía escrita por Charles Baudelaire, y estamos de acuerdo con la atinada observación hecha por el Dr. Ernesto Mejía Sánchez (gran conocedor de la obra de este autor), al afirmar que el nombre de Edgard aparece escrito con la *d* final en las ediciones francesas, tal y como lo escribió Gutiérrez Nájera desde 1884, fecha en que lo menciona por primera vez. El citado poema, *The raven* (publicado en enero de 1845 en la revista *Evening Mirror* de Nueva York), también fue traducido al castellano en 1885 por Felipe G. Cazeneuve, miembro del Liceo Hidalgo, y lo

<sup>3</sup> Anotamos a continuación, las fichas bibliográficas de dos ediciones posteriores a la que M.G.N. menciona: la de 1892 y la de 1905; la primera publicada en Barcelona (La Enciclopedia. Establecimiento editorial de Felipe N. Curriets, 1892, XV, 113 p.) y la segunda, en Concepción (Imprenta de El País, 1905, 96 p.).

<sup>4</sup> Guillermo Prieto, *Viaje a los Estados Unidos*. Por Fidel (Guillermo Prieto), 1877, México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1878, t. 3, p. 254-265.

publicó *El Partido Liberal* (México, 12 de julio de 1885).

Otras referencias a Poe pueden verse en *El Partido Liberal*, 21 de junio de 1885, en una "Crónica del domingo", donde "El Duque Job" al hablar sobre las "Historias de durmientes", alude a "esas novelas, mitad científicas y mitad fantásticas, que Edgard Poe inventó mucho antes que Julio Verne"; posteriormente, al comentar los *Ripios académicos* de don Antonio de Valbuena en *El Partido Liberal*, 6 de julio de 1890, vuelve a recordarlo: "La poesía tétrica de Edgard Poe, que ha avasallado a tantos poetas europeos, no dejó rastros en los castellanos"; y en dos artículos más del mismo periódico (30 de julio de 1889 y julio de 1890) dice que Poe es uno de los "poetas malditos", viciosos o "semilocos" como Baudelaire, Rollinat, Richopin, Ibsen, Maeterlinck, Tolstoi, etcétera, o el primero de ellos: "Edgard Poe se había adelantado a todos estos semilocos, de enorme talento; pero hoy las alas de ese cuervo que graznaba el ríspido y espantable *never more*, proyectan sombra densa en diferentes regiones de la literatura"; el mismo periódico, el 29 de junio de 1890 publicó lo siguiente: "En la poesía moderna, más que Lamartine, más que Musset, reinan fatídicos aparecidos como Edgard Poe..."<sup>5</sup>

Pero dejemos que Manuel Gutiérrez Nájera continúe diciéndonos con sus propias palabras, el contenido de la literatura norteamericana de su tiempo, que como puede advertirse no le fue ajena, aunque como dice, sólo va a mencionar a "los poetas excelsos", a las "individualidades superiores", a los "jefes de escuela".

De la escritora norteamericana Harriet Elizabeth Beecher Stowe (1811-1896), menciona la novela *Uncle Tom's cabin: or life among the lowly*, publicado por primera vez en *The National Era* en Washington, y después en forma de libro en 1852. De Benjamín Franklin (1706-1790), cita la *Autobiography* (1770-1772) y dice: "En las obras de este eximio filántropo, halla el lector sagacidad y lucidez, claridad extremada y juicio recto"; más adelante agrega: "... en todos sus libros se trasluce el amor sincero al trabajo y el culto ferviente de la verdad. Su temperamento es rústico; su criterio tiene la rectitud de las encinas".

A Michel-Guillaume Jean de Crèvecoeur (1735-1813), lo considera más original que el anterior y "cronológicamente hablando, el primer escritor norteamericano"; sus *Cartas de un cultivador americano* (*Letters from an american farmer*, publicado en Inglaterra en 1782 y en Francia en 1784) son para M. Gutiérrez Nájera "una serie de marinas y paisajes", y el colorido de los cuadros que describe, "es riquísimo, fresco, brillante, natural y luminoso".

Después nos habla de las cartas y el diario de Gouverneur Morris (1752-1816),

<sup>5</sup> Sobre las posibles relaciones entre Edgar Allan Poe y M.G.N., puede verse el interesante estudio de John Englekirk, *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature*, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1934, p. 240-247.

cuyo título anota en inglés: *The life of Gouverneur Morris with selections from his correspondence and miscellaneous papers, detailing events in the American Revolution, the French Revolution and the political history of the United States*; obra considerada por M. Gutiérrez Nájera de "altísimo interés para el sociólogo", porque en ese diario fue escribiendo todas las observaciones que hizo durante la revolución francesa, al término de la independencia de los Estados Unidos, cuando se dedicó a viajar por Europa, estableciendo su residencia en París. Su amistad con J. Washington, le abrió todas las puertas. "Estuvo, pues, en inmejorable posición para juzgar los actos de los hombres de la revolución francesa". Además, al poco tiempo de llegar a París, sustituyó a Jefferson en la plenipotencia de los Estados Unidos en Francia. En esto radica la importancia de su correspondencia.

Continuando con los esbozos de escritores norteamericanos e ingleses, recuerda la personalidad indiscutible de Washington Irving (1783-1859), representante del costumbrismo y gusto por lo exótico, quien además de ser gran ensayista, fue biógrafo e historiador norteamericano, autor, entre otras obras, de *The life and voyages of Christopher Columbus* (1828), traducida en francés varias veces con el título de *La vie et les voyages de Christophe Colomb*, y una carta con las regiones descubiertas por Colón, realizada por M. E. Chasles, inspector general de la Instrucción Pública (París: Librairie Hachette et Cie., 1883). Sobre este autor M. Gutiérrez Nájera dice lo siguiente: "Washington Irving recogió la tradición de *Rip-Rip* en una de sus preciosas leyendas; pero, ¡cuán pocos lo han leído! Entre nosotros se menosprecia profundamente la literatura norteamericana. Creemos *a priori* que lo bello y lo útil no pueden coexistir en un país. Y sin embargo, la literatura norteamericana, la literatura de Longfellow, Bryant, Emerson, Hawthorne, guarda tesoros mucho más valiosos que el encontrado por el protagonista de *Rip-Rip* en las montañas azules" (véase "Las historias de durmientes", en *Obras. Crítica literaria* I, p. 81), en su artículo fechado el 21 de junio de 1885, donde hace alusión a la leyenda *Rip-Van Winkle*, publicada por primera vez en 1809; por cierto que esta leyenda dio lugar al cuento escrito por M. Gutiérrez Nájera titulado *Rip-Rip el aparecido*,<sup>6</sup> a pesar de que para él, no es un escritor original.

Washington Irving es considerado en América del Norte como el primer escritor nacional. Inglaterra le dio el sobrenombre de Wouwermans de la literatura angloamericana, y durante mucho tiempo fue el escritor norteamericano que gozó de mayor fama en Europa.

Entre los poetas mencionados anotamos a: George Pope Morris (1802-1864),

<sup>6</sup> Véase Manuel Gutiérrez Nájera. *Cuentos completos y otras narraciones*, pról., edición y notas de Erwin K. Mapas. México-Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 225-230.

que escribió *Brier cliff* (1826); *The deserted bride and other poems* (1838); *The little frenchman and his water Lots* (1839); *Poems* (1840). Thomas Hardy (1840-1928), autor de *Far for the malding crowd* (1874); *The hand of Ethelberta* (1876); *The trumpet-major* (1880); *A Laodicean* (1881); *Two on a tower* (1882); Richard D. Blackmore (1825-1900), *Clara Vaughan* (1864), etcétera, obras conocidas por Gutiérrez Nájera en su mayoría. Otro poeta norteamericano fue Joel Barlow (1754-1812), quien escribió un grandioso ditirambo en versos miltonianos titulado *La visión de Colón*, con el que adquirió renombre literario; más tarde transformó este escrito en una composición dos veces más larga y tres veces más pesada, bajo el título de *La columbiada*, por el año de 1807.

William Ellery Channing "el joven" (1818-1901), sobrino del clérigo y pensador norteamericano del mismo nombre, conocido como Channing "el viejo" (1780-1842), no escapan a su pluma. El primero escribió una epopeya titulada "Washington", cuyo "primer canto es admirable", pero "no es un poeta ni un literato", y el segundo es un ministro evangélico, un "hombre honrado a carta cabal", pero tampoco es poeta ni literato a pesar de haber influido en los escritores de su tiempo, como Emerson, Longfellow, Lowell, Holmes, Bryant y otros.

En cambio la obra del dibujante y naturalista norteamericano John J. Audubon (1785-1851), titulada *Ornithological biography or an account of the habits of the birds of the United States*, pasó a ocupar un lugar especial en la literatura, así como en la historia artística y científica de su patria, porque "sin saberlo, sin quererlo acaso, hizo una obra esencialmente nacional"; la originalidad no radica en el colorido, ni en la frescura de su estilo, sino en "la descripción de esa admirable América del Aire que canta, pía, gorjea, anida y destruye en las páginas inmortales de su libro"; y concluye M. Gutiérrez Nájera: "yo me atrevería a llamarla la América del Norte con dos alas".

Ahora bien, el verdadero fundador de la novela experimental, nos dice M. Gutiérrez Nájera, fue Jacobo Fenimore Cooper (1789-1851): "no estudia al individuo, sino el medio en que éste se mueve. No experimenta en hombres, sino en cosas". Compara la obra de este novelista norteamericano, con la obra de otro novelista, historiador y biógrafo escocés, Sir Walter Scott (1771-1832), quien tiene sus méritos propios, y no está de acuerdo con los críticos que afirman que "el novelista norteamericano es un imitador del bardo inglés". Walter Scott es fundador de la moderna literatura inglesa; Fenimore Cooper "funda también una literatura, pero es más creador, más representativo en Norteamérica"; sin embargo, sus compatriotas le dieron el sobrenombre de *Scott americano*, salvo las "notables diferencias que existen entre ambos". Es indudable que con Washington Irving, y acaso en mayor escala, fue de los fundadores de la literatura americana, pues en sus obras se respira el americanismo, por las descripciones, la inspiración, los pensamientos y personajes de sus obras. Finalmente afirma: "Después de Cooper la verdadera encarnación

de la literatura norteamericana es Henry Wadsworth Longfellow".

El último artículo que complementa el ensayo de M. Gutiérrez Nájera sobre la literatura norteamericana, se refiere a la novela *Ramona*, de la escritora y poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson (1831-1885), traducida al español por José Martí, cuya lectura recomienda porque hay en ella, paisaje y naturaleza viva, pero no a la manera del naturalismo predominante en la novela francesa moderna de aquel entonces, representada por Emilio Zola, Alfonso Daudet, Guy de Maupassant y Paul Bourget, escritores que tienen más talento que Helen Hunt Jackson, pero hacen sufrir más. "Hay en las páginas del libro inexactitudes geográficas, relatos sobradamente minuciosos, pecados de detalle, manchas de color", pero se diría que "bien compensa estas minimeces con la bondad del conjunto, rico en savia, pródigo de vida, lleno de amor a la naturaleza y a la humanidad".

Entre los literatos mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, existía poco interés por conocer la literatura norteamericana, debido al desconocimiento de la lengua inglesa; sin embargo, M. Gutiérrez Nájera recibía información a través de las traducciones francesas de muchas obras norteamericanas, que se estaban realizando en Francia, o por la lectura de estudios, artículos, ensayos, poemas, etcétera, que publicaban notables críticos, ya fuera en francés o traducidos al español, en varias revistas extranjeras como: *El Mundo Nuevo*, *El Americano*, *La Revista de Buenos Aires*, la *Revista de Cuba*, *Le livre*, la *Revue des Deux Mondes*, etcétera. En apoyo a nuestra afirmación, anotamos lo que el propio Gutiérrez Nájera dijo acerca de la *Revue des Deux Mondes*: "Ha publicado desde 1831 hasta la fecha [1884] artículos importantísimos sobre los escritores angloamericanos. Citaré los de Arturo Dudley, Montegut, Ernesto Renan, Clarigny, J. H. Bentzon, E. Forgues, Othenin d'Haussonville, etc."

En efecto, Arthur Dudley publicó en la *Revue de Deux Mondes* en París, hacia 1854: "La poésie anglaise depuis Shelley, Mathew Arnold et Alexandre Smith" (tome septième, II partie, p. 1136-1168) y "Poètes et romanciers de l'Amérique du nord. Henry W. Longfellow. Tendances de la poésie américaine" (tome huitième, II partie, p. 617-646). Émile Montegut: "Perspectives sur le temps présent de l'homme-éclairé" (tome septième, II partie, p. 582-597) y "Scenes de la vie et de la littérature américaines" (tome huitième, II partie, p. 876-911). Ernest Renan: "Channing et le mouvement unitaire aux États-Unis", crítica que hace a las *Oeuvres sociales* de W. E. Channing, traducción del inglés, precedida por un ensayo sobre la vida y las doctrinas de Channing, con una introducción por M. L. Laboulaye (tome huitième, II partie, p. 1085-1107). E. D. Forgues: "Poetes et romanciers modernes de la Grande-Bretagne. W. M. Thackeray et ses romans" (tome septième, II partie, p. 1001-1032). Villemain publicó: "De la littérature historique. Histoire de la Réunion de la Lorraine a la France, avec notes, pieces justificatives et docu-

ments historiques entièrement mérités, par M. le comte d'Haussonville" (tome huitième, II partie, p. 668-687), etcétera.

También por propia confesión, sabemos que leyó *The poets and poetry of America* (Filadelfia, 1842), escrita por el prosista y crítico norteamericano Rufus Wilmont Griswold (1815-1857), obra que "recoge composiciones de más de cien poetastros indígenas", cuya poesía carece de vigor y colorido.

También leyó los *Estudios sobre los angloamericanos en el siglo XIX* (*Études sur la littérature et les moeurs des anglo-américaines au XIXe. siècle.* Paris: Amyot, s.a., VIII, 515 p.), del notable crítico francés Philarète Chasles (1798-1873): "de los primeros que dieron a conocer en Francia, por extractos y análisis, las principales obras escritas en los Estados Unidos".

Además menciona las colecciones de la "Biblioteca Verdaguer" que publicó traducciones de poemas de Alfred Tennyson (1809-1892); la "Biblioteca de Arte y Letras", donde leyó los *Relatos californianos* del escritor norteamericano Francis Bret Harte (1839-1902), quien precisamente se hizo popular por las descripciones de las costumbres californianas, precursoras de una literatura pintoresca; esos relatos se publicaron en español bajo el título de *Bocetos californianos*, y contienen lo mejor de sus novelas cortas, que Gutiérrez Nájera considera como verdaderos tesoros literarios: "¡Cuánto oro tienen! Se vive una vida nueva y se siente uno más sano leyendo estas novelas norteamericanas. No sólo hay chimeneas en los Estados Unidos, que también árboles y en los árboles hay aves. No sólo brillan en la tierra los rieles de acero; también culebrean y corren los arroyos". En la misma colección conoció los *Dramas* de Shakespeare y la "soberbia traducción del *Fausto*" de Goethe, llevada a cabo en 1882 en versos castellanos, por el escritor español Teodoro Llorente y Olivares (1836-1911), y la "Biblioteca Económica" que publicó de este último autor: *Leyendas de oro* (1875) y *Amorosas. Poesía de los principales autores modernos* (1876): "compuestos de poesías muy escogidas de los principales poetas extranjeros, puestas en correctos versos españoles".

No está por demás mencionar que M. Gutiérrez Nájera tenía en proyecto publicar en la colección "Biblioteca Honrada", obras de autores extranjeros como: Federico Mistral, Jorge Isaacs, Carlos Dickens, Juan Pablo Richter, Alfonso Daudet, Salvador Farina, Ludovic Halévy, Bret Harte, Rhora Braughton, Sacher; y de los mexicanos: Francisco G. Cosmes, Felipe G. Caze-neuve y Aurelio Horta. Lástima que no realizó este deseo; la "Biblioteca Honrada" solamente publicó de nuestro autor los *Cuentos frágiles* el año de 1883.

Este pequeño estudio ya se va alargando, por tanto, dejemos al lector en manos de M. Gutiérrez Nájera, para que lea directamente las páginas escritas en torno a la literatura norteamericana, y pueda advertir con nosotros, la inquietud de su espíritu, que lo llevó a conocer todas las literaturas que pudo tener a su alcance; la vasta cultura lograda a los 29 años de edad, no obstante

ser autodidacta; la claridad de su pensamiento que le permitió dar juicios acertados acerca de los poetas y escritores norteamericanos, en este caso; y su especial estilo que en forma comparativa, describe las cualidades y defectos de los mismos, en forma poética y grata.

## I

*La Evangelina de Longfellow*

La literatura norteamericana es poco o nada conocida entre nosotros. Es más: sorprende a algunos la noticia de que hay poetas, y poetas buenos, en la patria de Edison, como si entre el movimiento comercial de los Estados Unidos y el desarrollo de las ciencias y las artes hubiera incompatibilidad absoluta. Apenas se conocen una que otra producción del género novelesco, como la *Cabaña de Tom*, los *Cuentos* de Poe, las deliciosas *Narraciones* de Bret Harte, y algunas más. En punto a poesía, las excelentes traducciones de don Ignacio Mariscal y don Pedro Santacilia han dado a conocer el admirable *Cuervo* de Edgard Poe, el *Presentimiento* de Bryant, la *Tarde de febrero* de Longfellow, *Mi vida* de Wilde, la *Hija del cacique* de George P. Morris, y tal vez otras de que no hago memoria en este instante. A estas lecturas, a la *Vida de Cristóbal Colón* escrita por Washington Irving, a algunos libros del historiador Prescott, y a los datos que suministra Guillermo Prieto en un capítulo de su ameno *Viaje a los Estados Unidos*, se reduce casi nuestro conocimiento de la literatura norteamericana.

Los sud americanos han dado muestras de menor esquividad con los poetas yankees, y en prueba de ello citaré la traducción de la *Evangelina* hecha por el poeta chileno don Carlos Morla Vicuña, y las versiones más o menos felices, de poesías y novelas que a menudo publican los diarios y revistas de Sur América. En el *Mundo Nuevo*, y en *El Americano*, (publicaciones ilustradas) salieron a luz innumerables versos de poetas yankees. La *Revista de Buenos Aires* publicó recientemente un largo estudio sobre Emerson, escrito con verdadero y amplio conocimiento no sólo de las obras de este insigne pensador sino también de la evolución intelectual en los Estados Unidos. En Cuba se han hecho trabajos semejantes y la verdad es que los literatos de esa Isla conocen y aprecian infinitamente más que nosotros la literatura norteamericana, cosa fácil de explicar si se atiende al considerable número de jóvenes cubanos que se educan en los Estados Unidos y a la multitud de emigrados que reside en Nueva York y otras ciudades de la República. La *Revista de Cuba* ha publicado críticas muy sesudas de Longfellow, Bryant y otros muchos.

En Europa, los escritores y poetas de la Unión Americana son bastante apreciados. No hablaré de Inglaterra, donde es llano y natural que se lean de preferencia las obras escritas en inglés. Joseph Knight, corresponsal en Londres de *Le Livre*, interesantísima revista francesa, decía poco hace, que desde la

muerte de George Elliot, los mejores novelistas, entre los que escriben en idioma inglés, son los norteamericanos; encomio alísimos no sólo por tratarse de una literatura que cuenta en la época actual con novelas tan notables como las de John Cordy Jeffersson, Thomas Hardy, R. D. Blackmore, Roda Broughton y Oüida, sino también por venir de un inglés, y como tal, poco devoto de los Estados Unidos.<sup>7</sup>

En Francia se han publicado estudios muy vastos sobre la literatura de Norteamérica. No es fácil citar todos ni siquiera los principales; de los mismos que he leído apenas recuerdo unos cuantos y necesitaría echarme a revolver muchos librajos o discurrir muy paso a paso por el laberinto de mi memoria, para recordar de los demás; tarea infructuosa por añadidura, puesto que si se considera lo pobre de mi erudición, resultará que no he podido leer más que una parte mínima de lo que se ha escrito en Francia sobre la literatura de los Estados Unidos. Enumeraré sin embargo, los *Estudios sobre los angloamericanos en el siglo XIX*, de Philarète Chasles. Este notable crítico, cuyos trabajos de literatura comparada merecen mucha atención, fue uno de los primeros que dieron a conocer en Francia, por extractos y análisis, las principales obras escritas en los Estados Unidos. George Sand juzgó con mucho acierto las novelas de Fenimore Cooper y de Harriet Beecher Stowe. Menos afortunado estuvo Baudelaire al tratar de la literatura norteamericana en su biografía de Edgard Poe. En cambio, críticos de mucha ciencia, han escrito sobre el mismo asunto, trabajos imparciales y eruditos. La *Revue de Deux Mondes*, enciclopedia menos venerable que las revistas de Edimburgo y Westminster, pero más útil que éstas para la vulgarización de los conocimientos, ha publicado desde 1831 hasta la fecha, artículos importantísimos sobre los escritores angloamericanos. Citaré los de Arturo Dudley, Montegut, Ernesto Renán, Clarigny, J. H. Bentzon, E. Forgues, Othenin d'Haussonville, etc. etc.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Thomas Hardy (1840-1928), *Far from the madding crowd* (1874), *The hand of Ethelberta* (1876), *The trumpet-major* (1880), *A Laodicean* (1881), *Two on a Tower* (1882), Richard D. Blackmore (1825-1900), *Clara Vaughan* (1864), *Cradock Nowell* (1886), *Lorna Doone* (1869), *The maid of Sker* (1872), *Cripples the carrier* (1877), *Erema* (1877), *Mary Anerly* (1880), *Christowell* (1881). Rhoda Broughton (1840-1920), novelista inglesa autora de: *Cometh up as a flower* (1867), *Red as a Rose is she* (1870), *Goodbye Sweetheart* (1872), *Nancy* (1873), *Tales for christmas Eve* (1873), *Not wisely but too well* (1875), *Joan* (1876), *Twilight stories* (1879), *Second thoughts* (1880). "Oüida", seudónimo de Mlle. L. de la Ramée, autora de *Umilta*, *Amitie*, *La princesse Zourovff*, *Les fresques*, *Musa*, *Les napraxine*, *Othmar*, *Wanda*, *Ariane*, *Le petit compte*, *Pascarel*, *Scènes de la vie de Chateau*, etc., todas estas novelas fueron traducidas del inglés al francés y publicadas en París por la Librairie Hachette et Cie., 1887.

<sup>8</sup> Philarète Chasles (1798-1879), notable crítico francés autor de *Etudes sur la littérature et les moeurs des angl-américaines au XIXe. siècle*. Paris, Amyot, s.a., VIII, 515 p.-Armandina Lucila Aurora Dupin, más conocida por George Sand, (1804-1876).-Posiblemente se refiera a las novelas de Fenimore Cooper (1789-1851) y de Harriet Beecher Stowe (1811-1896) en los *Souvenirs et impressions littéraires* (1862), o bien en *Questions d'art et de littérature* (1878). Charles Baudelaire (1821-1867), se proponía traducir las obras completas de Poe; sin embargo sólo llegó a publicar *Histoires extraordinaires*, *Nouvelles histoires extraordinaires*, *Eureka*, *Histoires grotesques et*

México, pues, a pesar de su vecindad con la República del Norte, es la que menos conoce y estima a sus escritores y poetas. Esta ignorancia se explica muy sencillamente. El conocimiento del idioma inglés, hoy casi obligatorio, estuvo hasta aquí muy poco generalizado. Los escritores más notables conocían el latín, el francés, el italiano algunos, el inglés poquísimos. Nuestro concepto de los Estados Unidos, fue y sigue siendo, sumamente infundado. Hoy mismo, personas de sensatez reconocida juzgan a todos los norteamericanos por las palabras y hechos de los yankees desarrapados que vienen a buscar fortuna. Yo disto mucho de creer que los Estados Unidos sean la musa de la historia, como lo fue Grecia; pero de esto a negarles como se les niega comúnmente toda aptitud de comprender y realizar la belleza, media larga distancia. Sobre todo, hablemos con conocimiento de causa, estudiando para ello la literatura norteamericana. Soy tal vez de los que menos simpatizan con el yankee; no puedo ni quiero corregirme de la antipatía instintiva y hereditaria con que siempre les he visto; pero en la esfera del arte no hay enemistades ni repugnancias nacionales; se puede ser un buen francés y admirar a Goethe, lo mismo que puede serse un excelente mexicano y traducir a Bryant y a Longfellow. Alejandro Dumas (hijo) al escribir su enconada crítica de *Fausto*, con mucho ingenio, muy mala fe y muy poca ciencia, pudo agradar a los franceses germanófilos, pero fue soberanamente injusto.<sup>9</sup>

*serieuses y Aventures d'Arthur Gordon Pym*, pues la muerte no le permitió hacerlo; estas *Oeuvres* van precedidas de una biografía sobre el autor norteamericano.- Arthur Dudley publicó en la *Revue des Deux Mondes* en París hacia 1854: "La poésie anglaise depuis Shelley, Mathew Arnold et Alexandre Smith" (tome septième, II partie, p. 1156-1168) y "Poetes et romanciers de l'Amérique du nord. Hery W. Longfellow. Tendences de la poesie américaine" (tome huitième, II partie, p. 617-646). Émile Montégut publicó: "Perspectives sur les temps présent du l'homme éclairé" (tome septième, II partie, p. 582-597) y "Scenes de la vie et de la littérature américaines" (tome huitième, II partie, p. 876-911).- De Ernest Renan publicó: "Channing et le mouvement unitaire aux Etats-Unis"; se trata de una crítica que hace Renan a las *Oeuvres sociales* de W.E. Channing; traducción de inglés, precedida por un ensayo sobre la vida y las doctrinas de Channing, con una introducción por M.E. Laboulaye (tome huitième, II partie, p. 1085-1107).- E.D. Forgues publicó: "Poetes et romanciers modernes de la Grand-Bretagne. W.M. Thackeray et ses romans" (tome septième, II partie, p. 1001-1032).- Villemain publicó: "De la littérature historique. Histoire de la Réunion de la Lorraine à la France, avec notes, pieces justificatives et documents historiques entierement médits, par M. le comte d'Haussonville" (tome huitième, II partie, p. 668-687).

<sup>9</sup> Alejandro Dumas hijo (1824-1895), publicó en Francia en 1873, un largo prefacio a la excelente traducción Francesa de la primera parte del *Fausto* de Goethe, realizada por M.H. Bacharach, que debe haberse conocido en México al año siguiente, puesto que Jorge Hammeken y Mexía (? -1884), con motivo de anunciar a los lectores la traducción del *Fausto* por Rafael Cosmes y Cossío (México, Imprenta de la Calle de Tiburcio, 1874), publicó en *El Artista* (1874) un artículo extenso sobre "Johann Wolfgang Goethe y el *Fausto*", donde también refuta los ataques de Dumas hijo, a Goethe. El citado prefacio fue publicado en 1888 en el *Siglo Diecinueve* (véase Marianne O. de Bopp en su *Contribución al estudio de las letras alemanas en México*, México, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México, 1961), p. 89-94. Véase la nota 13 en el presente estudio.

A las razones que he apuntado más arriba, referentes a la antipatía de razas y al desconocimiento del idioma, deben agregarse otras de mucho peso.

Por mucho que nos duela confesarlo, la verdad es que hay entre nosotros muy pocos literatos dignos de tal nombre; no por falta de talento, sino porque las letras no producen para vivir y sólo pueden dedicarse a ellas los hombres ricos o los que tengan vocación al martirio. Los ricos de hoy prefieren dedicarse a la usura; no veo en la actual generación a ninguno que siga los pasos de Arango, de Pimentel, de García Icazbalceta; cada día baja más el nivel intelectual en las clases que se llaman aristocráticas y los pobres se lanzan a la política, a la prensa, buscando no la gloria, sino el indispensable pan de cada día. Con pocas y conocidas excepciones, la literatura está en manos de aficionados. El que puede zurcir algunas coplas, el que ha leído al insoportable Hermosilla, a Gil de Zárate o a don Pedro Alcántara García; el que sabe de memoria los versos de algunos poetas españoles y no carece de sentido común, ya puede escribir en los periódicos y figurar en las sociedades literarias.<sup>10</sup>

La prensa ahoga muchos talentos. El periodista no puede humanamente leer, estudiar, ir ensanchando sus conocimientos y convertirse en verdadero literato. Para serlo, se necesita una larga preparación científica, una suma considerable de saberes ¿Y quién se empeña en tan difícil empresa, sabiendo que, en fin de cuentas, si no tiene caudal propio, morirá de hambre o en el hospital? Los que sin arredrarse la acometieron, merecen entusiasta admiración; pero aún estos mismos, tomaron parte en los asuntos públicos o se entregaron a negocios mercantiles para ganar la vida perdiendo así un tiempo precioso para las letras.

No es raro, pues, que siendo tan reducido el círculo de los verdaderos literatos, se desconozcan las literaturas extranjeras. La norteamericana no constituye una excepción para nosotros. Tampoco conocemos a fondo las de Centro y Sur América, y eso que la comunidad de idioma nos facilita su estudio. De oídas, más que por juicio propio, hablan muchos de las obras maestras de las literaturas europeas; los literatos de cierta edad conocen bastante los clásicos griegos y latinos; pero en punto a literaturas modernas, vivimos en atraso lamentable. La actual generación de escritores, entendiendo por tales a los de buen criterio e instrucción siquiera mediana, conoce suficientemente la literatura española y algo la francesa. De ésta última se

<sup>10</sup> Eruditos mexicanos del siglo XIX fueron: Alejandro Arango y Escandón (1821-1888), Francisco Pimentel, Conde de Heras (1832-1895) y Joaquín García Icazbalceta (1825-1894). Preceptistas españoles fueron: José Mamerto Gómez y Hermosilla (1771-1837), autor de *Arte de hablar en prosa y verso* (Madrid, 1826). Antonio Gil y Zárate, escribió el *Manual de Literatura*, la ed., París, Librería de Garnier Hermanos, 1865 y Pedro Alcántara García en colaboración con Manuel de la Revilla y Moreno, *Principios generales de literatura* (Madrid, 1872, 1877, 1884 y 1897), autores y obras conocidos por Manuel Gutiérrez Nájera.

tiene un conocimiento superficial. Leemos a los novelistas y a los dramaturgos; pero los críticos y aún los poetas líricos, pasan inadvertidos, a menos que su fama sea tan grande como la de Taine y Victor Hugo.

De los actuales escritores ingleses ¿qué sabemos? ¿Qué de los alemanes? Muy pocos han leído a Tennyson, que es un coloso en poesía. Alemania para nosotros no ha producido nada después de producir a Goethe, a Schiller, a Uhland y a Heine. En lo que atañe a Italia, nos hemos plantado en Manzoni. Apenas si conocemos algo de Ferrari, algo de Farina y algo de Edmundo d'Amicis.

Entre los poetas franceses tenemos a Leconte de Lisle, a Sully Prudhomme, y a otros muchos de altísima inspiración, cuyas obras habrán leído veinte o treinta. No hay en México diez ejemplares de las poesías de Coppée, y eso que éste es uno de los poetas más "modernistas" o "parisinistas" como se dice en galiparla.<sup>11</sup> De Inglaterra y Alemania, de Austria, de las literaturas del norte de Europa, de las literaturas orientales, no se hable. A no ser por la hermosa elegía de Núñez de Arce ¿cuántos ignorarían que existió Alejandro Herculano, el insigne portugués? Pero, ¡qué digo! no es necesario recurrir a los poetas sobresalientes que no llegan a genios universales. Para vergüenza nuestra, no hay en las librerías de México un solo ejemplar de las poesías de Leopardi, no abundan tampoco en las bibliotecas particulares, nadie las cita y muy pocos las conocen. ¡Leopardi! Tal vez el primer poeta de este siglo.<sup>12</sup>

El aislamiento intelectual en que vivimos, se explica en parte, por nuestra dependencia de la literatura española. Esta ha sido poco fecunda en traducciones. Exceptuando las novelas y comedias que, para aplacar la avidez del público, vertieron al español, sin mucho escrúpulo, escritores de segundo orden; las traducciones excelentes de Ventura de la Vega Ochoa y algunos otros; los arreglos poéticos de García Tassara, etc., la verdad es que sólo de diez años a esta parte han comenzado los españoles a traducir.

En los últimos tiempos, el movimiento se ha acentuado. Prueba de ello son la *Revista Europea* y la *Revista Contemporánea* que compilan o compilaban (porque no sé si aún existen) los mejores trabajos de las revistas alemanas, inglesas y francesas; la "Biblioteca Clásica" en la que han aparecido las obras

<sup>11</sup> Poetas franceses: Hippolyte Taine (1828-1893), Víctor Hugo (1802-1885), Leconte de Lisle (1818-1894), Sully Prudhomme (1839-1908) y François Coppée (1842-1908). Poeta inglés: Alfred Tennyson (1809-1892). Poetas alemanes: J. Wolfgang Goethe (1749-1832), F. Schiller (1759-1805), J. Uhland (1787-1862) y H. Heine (1797-1857). Poetas y escritores italianos: Alessandro Manzoni (1785-1873), Severino Ferrari (1856-1905) y Edmondo D'Amicis (1846-1908).

<sup>12</sup> Gaspar Núñez de Arce (1834-1903). "Elegía a la memoria del insigne historiador y poeta portugués Alejandro Herculano" (1877), en los *Poemas. Idioma. Elegía* (Veracruz-Puebla, Librería La Ilustración, 1884, p. 121-132) de la "Biblioteca Popular Económica". Esta *Elegía* fue incluida en *Gritos de combate* (Madrid, Librería de Fernando Fe, 1891, p. 217-234), fechada en "Diciembre de 1877" y en las *Poesías completas* (Argentina, Editorial Sopena, 1944, p. 42-51) de la "Biblioteca Mundial Sopena". Giacomo Leopardi (1798-1837), poeta italiano.

de Macaulay, de Schiller, de Enrique Heine; la "Biblioteca Verdaguer" y la "Biblioteca de Arte y Letras", que con pésima fortuna porque los traductores son generalmente catalanes, nos ha dado los *Poemas* de Tennyson, los *Nibelungos*, las *Novelas* de Salvatore Farina, los *Relatos* de Bret Harte, los *Dramas* de Shakespeare, algunas críticas de Saint Victor y la soberbia traducción del *Fausto* hecha por el señor Llorente. Este mismo señor había publicado en la "Biblioteca Económica," dos preciosos tomitos, *Leyendas de oro y Amorosas*, compuestos de poesías muy escogidas de los principales poetas extranjeros, puestas en correctos versos españoles.<sup>13</sup>

Hoy no pasa semana sin que se publiquen en Madrid o Barcelona, traducciones de los mejores libros científicos, filosóficos, históricos o literarios. La literatura española, tan rica antes en traducciones del griego y del latín lo será también; continúa por la misma senda en traducciones de los mismos idiomas.

Pero el hecho es que este movimiento data de ayer. Hace veinte años muy

<sup>13</sup> De Thomas Babington Macaulay, más conocido por Lord Macaulay (1800-1859), la "Biblioteca Clásica" publicó los *Estudios históricos* (Madrid, 1880 y 1887), *Estudios políticos*, ídem (Madrid, Tip. Rivadeneyra, 1890), *Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción directa del inglés por M. Juderías Bender y Daniel López (1882) y *Discursos parlamentarios*, traducidos por Daniel López (Imp. V. Sáiz, 1885). De Henrich Heine (1834-1892), la "Biblioteca Clásica" editó *Poemas y fantasías*, traducción en versos castellanos por José Joaquín Herrero, con prólogo de don Marcelino Menéndez y Pelayo (Madrid, Luis Navarro Editor, Imp. a cargo de V. Sáiz, 1888). De Federico Schiller (1759-1805) la "Biblioteca Clásica" llevaba publicadas las *Obras dramáticas*, traducidas directamente al castellano, de la edición alemana de Cotta, por Eduardo de Mier (Madrid, Luis Navarro Editor, 1882); el vol. XLIX contiene: "La conjuración de Fiesco", "Intriga y amor" y "D. Carlos, Infante de España" (486 p.); el vol. LXII, "La desposada de Mesina o los hermanos enemigos", "La doncella de Orléans", "Guillermo Tell" y "María Estuardo" (496 p.); "La Biblioteca Arte y Letras", editó los *Dramas* en la traducción de José Yxart (Barcelona, 1881, 376 p.); contiene: "Guillermo Tell", "María Estuardo" y "La doncella de Orléans". Sobre Alfred Tennyson (1809-1892), *Poèmes choisis*, contiene la "Grand' mère"; fueron editados en París, Librairie Hachette et Cie., 1883; y *Les idylles du roi, Enoch Arden*, edición clásica con una introducción y notas por A. Baret, doctor en letras y profesor de inglés en el Liceo Henri IV (París; Libr. Garnier Frères, 1886, XX + 229 p.). Sobre *Los nibelungos*, Manuel Gutiérrez Nájera leyó *Les niebelungen*, traducción francesa por E. de Laboulaye (París: G. Marpon et E. Flammarion, Imprimeurs-Editeurs, 1882, I vol.). Sobre Salvatore Farina véase la nota 29 a "Ramona, de Helen Hunt Jackson". Teodoro Llorente y Olivares (1837-1911), escritor español que hizo otra traducción del *Fausto* de Goethe en verso castellano hacia 1882; esta traducción fue publicada por la "Biblioteca Artes y Letras". A continuación anotamos un comentario sobre la mencionada traducción que publicó *La Libertad* el 2 de septiembre de 1883: "España carecía de una versión formal del *Fausto*, que pudiera compararse con la francesa de Blaze de Bury, que hasta ahora es la más completa y la mejor. Llorente ha llenado este vacío, y haciendo alarde de su fuerza, no se limitó como el erudito francés a traducirla en prosa, sino que acometió la ardua tarea de verterla en la lengua de los dioses. Ya el malgrado Gérard de Nerval había querido hacer lo mismo en Francia, y aún comenzó con éxito muy grande; pero su obra quedó trunca por desgracia". Llorente escribió además *Leyendas de oro* (1875) y *Amorosas. Poesías de los principales autores modernos* (1876); Gutiérrez Nájera no conoció *Leyendas de oro* (2a. serie, 1908). Véase la nota 9 en el presente estudio.

poco se traducían en España; y nuestras librerías estaban atestadas de libros españoles. Por lo tanto, era indispensable conocer varios idiomas, para hacer un estudio, aunque fuese ligero, de literatura comparada. ¿Qué maravilla, pues, si por todas las consideraciones apuntadas, no conocíamos la literatura norteamericana, menos rica sin duda y menos célebre que las de Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, y otras naciones del viejo continente? Veamos ahora si existe y cuáles son sus representantes verdaderos.

## II

No intento historiar la literatura norteamericana. Un trabajo tan vasto requiere conocimientos que no poseo y necesita desenvolverse, no en las hojas efímeras de los diarios, sino en las páginas de un libro. Cuando tenga el vagar y el reposo necesarios, escribiré una serie de artículos sobre los principales escritores de la vecina República. Hoy por hoy, citaré solamente algunos nombres, señalando los tipos prominentes, las individualidades superiores, los jefes de escuela, los poetas excelsos.

La literatura de los Estados Unidos, comienza, propiamente hablando, en Benjamín Franklin. En las obras de este eximio filántropo, halla el lector sagacidad y lucidez, claridad extremada y juicio recto. Como Franklin hablan Néstor en la *Iliada* y Próspero en la *Tempestad*. Si queréis convenceros, leed detenidamente el *Pobre Robin*, la *Parábola contra la persecución* y el *Examen ante el consejo privado*. Posee el autor las cualidades sólidas del carácter inglés: es honesto, constante, serio, frío, razonador y amante de lo útil. Por su estilo, se asemeja a Bunyan y a Addison; es Fenelón con menos elocuencia, menos vibrante, Fenelón recalentado. En cambio se echa de ver sin mucho esfuerzo que está exento de las perversiones europeas. Más vigoroso y más sencillo que los ingleses, no dogmatiza por dogmatizar; ni es taimado o hipócrita; en todos sus libros se trasluce el amor sincero al trabajo y el culto ferviente de la verdad. Su temperamento es rústico; su criterio, tiene la rectitud de las encinas.

Pero en Franklin no hay bellezas pulidas ni brillantes. Sus libros son útiles como las máquinas de coser. Y sobre todo, si el pensamiento es norteamericano, si traza ya las líneas principales de un carácter nuevo, si tiene más vigor, más savia, más honradez, menos afeite que el sutil pensamiento de los europeos, la forma procede directamente de los pensadores y moralistas ingleses. Franklin es un inglés que no conoce las brumas de Londres, un inglés que ha crecido al aire libre en los bosques de América, un inglés que ejercita su voluntad en la lucha con la naturaleza, un inglés que podría intervenir como prudente consejero en la fábula de *Pablo y Virginia*,<sup>14</sup> pero un inglés.

<sup>14</sup> Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), *Paul et Virginie. La chaumière indienne. Café de*

Más original es, sin disputa, Sir John Crevecoeur. Yo le tengo, cronológicamente hablando, por el primer escritor norteamericano. El único libro que conozco de él, las *Cartas de un cultivador americano*, apareció poco antes de la independencia. No es un libro: es una serie de marinas y paisajes. La vida del colono está pintada en sus capítulos con admirable y pintoresca sencillez. Le vemos amarrar al arado la silla de su hijo pequeñito y pasearle por las tierras de labranza, en tanto que la esposa, al pie de un árbol, hila el traje de lana que ha de protegerles contra la crudeza del invierno; asistimos con él a las fiestas y pasatiempos populares en Nantuket, a la arriegada pesca de la ballena, a las faenas de los campesinos; presenciamos el duelo entre dos serpientes, descrito tan minuciosa y felizmente como las batallas homéricas; oímos, en fin, aplicando el oído a aquellas páginas, la respiración de una naturaleza virgen que duerme con los sobresaltos y ansiedades de una novia en la víspera de la boda. El colorido de estos cuadros es riquísimo, fresco, brillante, natural y luminoso.<sup>15</sup>

También original, aunque sobradamente inculto es el gobernador Morris. Hay que leer las cartas de este singular angloamericano y particularmente el curioso diario en que fue apuntando sus observaciones durante el tormentoso período de la revolución francesa. Una vez terminada la independencia de los Estados Unidos, Morris, amigo y compañero de Washington, se dio a viajar por Europa, escogiendo, por residencia predilecta, la ciudad de París. El libertador le dio cartas para sus amigos europeos y —detalle curioso—, le encomendó la compra de un reloj “de oro liso, sin ningún adorno, no como los que agradan a los fatuos, ni propio para ser lucido en todas partes, pero sí de acabado mecanismo y de aspecto sencillo”. En estas palabras parece que se resumen el carácter de Washington, la tendencia de la revolución americana y sus provechosos resultados.

Morris vivió en París tratando íntimamente, a Lafayette, a Necker, a Mme. Stael, en suma, a todas las personalidades salientes de la época. Su nacionalidad, su intervención en la independencia de los Estados Unidos y su amistad con el ilustre Washington, le abrían todas las puertas. Estuvo, pues, en inmejorable posición para juzgar los actos y los hombres de la revolución francesa. Además de esto, a poco de llegado a París, sustituyó a Jefferson en la

*Surate*, nueva edición precedida de una nota sobrescrita por él mismo y un estudio sobre el amor ingenuo del siglo XVIII, por Saint-Marc Girardin (París, Bibliothèque Charpentier, 1884). M.G.N. vuelve a recordar el idilio de *Pablo y Virginia* en una “crónica dominical”, publicada en *El Universal* el 14 de octubre de 1894 en la forma siguiente: “el idilio de Pablo y Virginia sí envejece. Envejeció. Tal vez sea más propio decir de él, que se quedó en la infancia. Ello es, que pasados los quince años no volvemos a leer, a menos que sea por curiosidad literaria, la historia de aquellos amores inocentes, cuajados de rocío”.

<sup>15</sup> Michel-Guillaume Jean de Crevecoeur (1735-1813), *Letters from an american farmer*, publicado en Inglaterra en 1782 y en Francia en 1784, además escribió numerosos artículos y ensayos bajo el seudónimo de “Agrícola”.

plenipotencia de los Estados Unidos en Francia. El libro, pues, en que está recogida su correspondencia<sup>16</sup> tiene altísimo interés para el sociólogo. Aquel yankee, escuchando impasible las declamaciones y los discursos entusiastas de los energúmenos de la libertad, recuerda a Ulises entre las sirenas. Desde el primer momento, desde la reunión de los Estados generales, vaticina el desastroso término del drama. Los revolucionarios quieren convencerlo; pero él contesta sus instancias y razones con esta sola frase: "la libertad que queréis no es la libertad de América". Para Morris, todos aquellos inspirados y videntes, eran locos o tales se fingían. Sería curioso señalar los puntos en que la crítica de Morris, basada en el sentido común y en el concepto esencialmente angloamericano de la libertad, coincide con la crítica de Taine, construida sobre la base indestructible de la ciencia. No recuerdo si en los *Orígenes de la Francia contemporánea*, se cita a Morris; creo que no; pero sin duda nada se hizo, como juicio imparcial de la revolución, tan razonado, tan exacto, y tan severo, como la inflexible crítica de Morris. Su estilo es trivial: es el estilo de todos, o mejor, la palabra escrita de un soldado burdo que habla siempre con franqueza y pocas veces con gramática. Pero en el fondo, en el pensamiento, hay de seguro, cierta latente originalidad. Esa idea es más norteamericana, más robusta que la idea de Franklin. El yankee determina ya su carácter y sus ideales. Por eso en esta rápida reseña de los orígenes de la literatura norteamericana, cito a Morris. No tiene forma: es una espada en vaina de cuero. Pero el agua que templó esa hoja no es ya el agua del Támesis, sino la onda salobre del Atlántico.

Para encontrar en esta primera época de los esbozos y las tentativas otro escritor esencialmente nacional, tenemos que venir al ornitologista Audubon. Jonathan Edwards es simplemente un teólogo escocés del siglo diez y siete. Brockden Brow se asemeja al autor del *Monje*, a Lewis, como Franklin se asemejaba a Goldsmith. Washington Irving no es tampoco original. La *literatura inglesa se ve a través de sus galanos libros, como el seno de una virgen a través de la gasa transparente*. Philarète Chasles le juzga muy atinadamente cuando dice: "es un calco tímido de Adisson, de Steel, de Swift, hecho en papel de seda. Escribe cerca de las sabanas del Ohio o en alguna casa cuadrada de Boston; pero, mentalmente, vive en el Parque de Saint James, se pasea en las sombrías callejas de Kensington; departe con Sterne y estrecha la mano de Goldsmith. Dejad que duerma: en sueño apacible cree perderse en las avenidas sinuosas de la antigua ciudad; oye el viento que silba en las arcadas de las casas feudales y que a la vez columpia los rótulos enormes de los mercaderes fustigados por Adisson. Su abolengo poético está allá. Es el

<sup>16</sup> *The life of Gouverneur Morris with selections from his correspondence and miscellaneous papers, detailing events in the American Revolution, the French Revolution and the political history of the United States* (nota del autor). Gutiérrez Nájera se equivoca. Gouverneur fue el nombre de Morris y nunca fue gobernador (1752-1816).

Wouvermans de la literatura norteamericana'.<sup>17</sup>

Ni Joel Barlow en la *Colombiada*, ni Paulding en el *Hogar de un holandés*, ni el biógrafo del *Hermano Jonathan*, ayudan a acusar visiblemente en el ropaje de la imitación inglesa, la musculación de la originalidad americana. Hubo poetas, o mejor dicho, hubo copleros en esa época. Mr. Rufus Wilmot Griswold recogió en un volumen enormísimo<sup>18</sup> composiciones de más de cien poetastros indígenas. Pero ¡qué falta de vigor y colorido! Nada hay nuevo, nada brillante, nada enérgico. Sin forma y sin idea, hongos pegados al parnaso inglés, son el bagazo de Byron, de Thomas Moore, de Pope, de Collins, de Milnes, de Mistress Hemans, de Wordsworth!

Uno de los poetas que figuran en esta colección, Roberto Payne, representa a Washington de pie, rechazando los rayos con el pecho y extendiendo la espada a guisa de 'conductor eléctrico' para dirigirlos al océano, en cuyas ondas se extinguen. 'Este héroe pararrayos —dice un crítico— es la obra maestra de la poesía máquina'. Hay también otra epopeya, 'Washington' escrita por Channing, sobrino del eminente pensador del mismo nombre. El primer canto es admirable. El libertador aparece tomando una taza de té con su señora. Ésta 'armada de su brillante porcelana china, está pronta a servirle el refresco':

*For me as from the chair I rise*

*So surely will I undertake this night*

*To raise the people* .....

.....

*They by here glistening board, ready*

*(to pour*

*Forth the refreshment of her chinese*  
*coups).*

Channing el serio, tío de este infeliz a quien la escanciadora de los dioses, servía hojas de naranjo en vez de néctar, no es tampoco un poeta ni un literato. Es un ministro evangélico: sus obras se reducen a sermones, a

<sup>17</sup> John J. Audubon (1785-1851), dibujante y naturalista norteamericano, autor de *Ornithological biography: or an account of the habits of the birds of the United States* (1831-1839); pasó a ocupar un lugar especial en la literatura, así como en la historia artística y científica de su patria adoptiva. Mathew Gregory Lewis (1775-1817), poeta inglés que escribió *Ambrosio o el monje cuando fue nombrado agregado de la embajada británica en La Haya*. Oliver Goldsmith (1728-1774), poeta inglés. Washington Irving es considerado en América del Norte como el primer escritor nacional, e Inglaterra le dio el sobrenombre de *Wouvermans* de la literatura angloamericana y durante mucho tiempo fue el escritor norteamericano que gozó de mayor fama en Europa. Joseph Addison (1672-1719), escritor satírico inglés.

<sup>18</sup> Joel Barlow (1754-1842), *La columbiada* (1807). James Kirke Paulding (1778-1870), *The diverting history of John Bull and Brother Jonathan* (1812). Rufus Wilmot Griswold (1815-

epístolas espirituales y a artículos religiosos publicados en el *Christian Examiner*. Tuvo el proyecto de escribir un libro, cuya traza era la de un 'essay' como tantos otros sobre el hombre y la naturaleza, tema perpetuo de la filosofía angloescocesa. Carecía de instrucción, sus conocimientos históricos eran de segunda o tercera mano; no era, en suma, más que un hombre honrado a carta cabal. Ernesto Renan, en su estudio sobre el *Unitarismo* dice con justicia que no se halla en Channing el verdadero sentimiento poético. '*Cuando parangonamos a este santo de la América contemporánea con los que poseyeron como él, en días pasados, el Cielo por la mayor gloria de Dios y por el bien del prójimo, sorprendernos un sentimiento de tristeza y frío. En lugar de la resplandeciente teología de otras edades, en lugar de la embriaguez mística de San Francisco de Asís, que habla con tanta fuerza a la imaginación, hallamos un cumplido y honesto caballero, bien quisto, bien vestido, inspirado, entusiasta a su manera, pero sin la aureola del milagro; pronto a la abnegación, mas sin grandeza; y casto y noble, pero sin poesía, a no ser la doméstica y privada.*'<sup>19</sup>

Channing, a mi entender y por lo dicho, no debe figurar entre los tipos de la originalidad americana. Vengamos, pues, al ornitologista Audubon, que sin saberlo, sin quererlo acaso, hizo una obra esencialmente nacional. ¿Qué fue? Un viajero. ¿Qué escribió? Un libro alado, un libro incomparable sobre el ave. La síntesis de su espíritu está en la frase mágica de Rückert que Michelet dio por epígrafe a su admirable estudio sobre el pájaro: '¡Alas! ¡Alas!' Yo leí la obra de Michelet después de saborear en detestable traducción el libro de Audubon; y no he olvidado las páginas del norteamericano. Michelet, naturaleza casi femenina, se enamora de lo pequeño y de lo débil. Su espíritu comprende al ave, porque también vuela. Su paleta es el ala de un colibrí, su

1857), *The poets and poetry of America*. Filadelfia, 1842 (nota del autor).

<sup>19</sup> Manuel Gutiérrez Nájera tradujo este párrafo escrito en francés por Ernesto Renan en su artículo "Channing et le mouvement unitaire aux États-Unis. *Oeuvres sociales* de W.E. Channing, traduites de l'anglais, précédées d'un essai sur la vie et les doctrines de Channing, et d'une introduction par M.E. Laboulaye, membre de l'institut", publicado en la *Revue des Deux Mondes* (Paris, 1854, tome huitième, II partie, p. 1094-1095): "Quand on compare cette âme excellente, ce saint de l'Amérique contemporaine, à ceux qui comme lui, dans le passé, ont été possédés du zèle de la gloire de Dieu ou du bien de leurs frères, un sentiment de tristesse et de froid saisit d'abord. Au lieu de la splendide théologie des âges antiques, au lieu de ce grand enivrement d'un François d'Assise, qui parle si puisement à l'imagination, on se trouve ici en face d'un honnête gentleman, bien posé, bien vêtu; enthousiaste et inspiré à sa manière, mais sans l'aureole du merveilleux; dévoué, mais sans grandeur; noble et pur, mais sans poésie, si ce n'est d'une poésie toute domestique et privée".

pinxel es la pluma de un cisne, su palabra es la voz de un ruiseñor. Pero en Michelet, el amor, el ave es menos fuerte, porque ha tenido que vencer menos obstáculos. En Audubon no es amor sino pasión. Su lugar de reposo está a la sombra del vetusto árbol, 'hospedador de pájaros cantores' como dice con admirable propiedad nuestro Ignacio Ramírez. El pájaro es el novio de su alma. Si éste baja, le trae el alimento de su inteligencia, como el cuervo de la leyenda áurea llevaba al penitente San Jerónimo, el sustento del cuerpo; cuando sube, en la curva ascendente de su vuelo le señala el camino que va a Dios.

Después de leer el libro de Audubon, leí el de Toussenel y muchos otros. Ninguno tiene, sin embargo, esa unción santa, ese estilo de un alma apasionada que no requiere afeites ni ornamentos. La ciencia ha progresado, está ya lejos del religioso contemplador americano. Pero el amor al ave queda en él, como una estalacitita deslumbrante. Los otros ven al pájaro en la jaula. El lo estudia y lo sigue al aire libre. Pinta al ave, como Rafael a Fornarina. Está lejos del mundo: su Alejandro, su César, es el águila; su Julieta, la alondra matinal.

Pero ¿en qué estriba, me diréis acaso, su originalidad americana? Pues, no sólo en el colorido de su obra, ni en la frescura boscosa de su estilo, sino en la descripción de esa admirable América del Aire que canta, pía, gorjea, anida y destruye en las páginas inmortales de su libro.<sup>20</sup> Allí no está la América que busca lo útil y anuncia el descubrimiento del teléfono, como en las páginas de Franklin, ni tampoco la América del arado y de la yunta como en las *Cartas del cultivador*, ni mucho menos la América política y prudente que Morris simboliza; pero sí la América del bosque y de los nidos, algo que yo me atrevería a llamar la América del Norte con dos alas.

Mas ni Franklin, ni Crèvecoeur, ni Morris, ni Audubon, dejaron bien perfilada y bien distinta, la originalidad de la literatura norteamericana. En estos autores están las líneas dispersas, los colores aislados en la paleta. Un novelista, un filósofo, un poeta, Cooper, Emerson, Longfellow, van a reunir las líneas en la estatua y a matizar los tintes en el lienzo.

Cooper procede directamente de Walter Scott; mas no le copia ni le imita: le continúa. Es un talento semejante que se despliega en diferente medio. Scott

<sup>20</sup> Jules Michelet (1798-1874), historiador francés, autor de *L'oiseau* (1856), *L'insecte* (1859), *La mer* (1861), *La montagne* (1868). *L'insecte* fue publicado en París (Galmann Lévy, s.a.) con un estudio sobre Michelet por M. Berthelot. John J. Audubon (1785-1851), véase la nota 17 a la presente pieza. Alphonse Toussenel (1803-1885), publicista francés, autor de *Le monde des oiseaux. Ornithologie passionnelle* (1852).

mira hacia atrás, reconstruye, resucita. Cooper no. Su patria no tiene pasado, es la tierra por excelencia del presente. Scott pasea por las plataformas de un castillo, se pierde en los oscuros corredores, se asoma a la ventana gótica, se sienta junto a la ahumada chimenea, conversa un rato con la dama blanca, cuya túnica aérea roza el mármol de tenebrosos pasadizos, oye el choque de viejas armaduras y sigue el vuelo caprichoso del halcón. Cooper observa la naturaleza y canta la voluntad. Sus héroes no son gallardos paladines, sino fuerzas. Los amores que relata son los amores del Océano con la tierra. Walter Scott hiere con vara mágica la piedra feudal, y de ella brotan la balada o la leyenda. A su conjuro, vuelve el cruzado a Palestina, el hada al lago y el astrólogo a la torre. Pone cuerpos dentro de las varias armaduras. Sus relatos tienen el colorido tenue y transparente de las canciones antiguas. Walter Scott es un Ariosto serio.

Cooper no acude a la memoria, no cree en magos. La sombra que se proyecta en sus novelas no es la tetra y pesada de los torreones señoriales, sino la húmeda y rumorosa de los bosques primitivos. Walter Scott navega en barca de ébano por la serena superficie de un lago azul, iluminado por la luna; y Cooper cruza en buque ballenero la inmensidad del Océano tumultuoso. La armonía del primero es la del arpa; la del segundo, el rumor del viento que encorva los pinos de la montaña.

Ni Philarète Chasles ni los mejores críticos de Cooper, paran mientes en estas radicales diferencias.

Para todos, el novelista norteamericano es un imitador del bardo inglés. ¿Imitador? ¿Por qué? Su fuerza puede ser semejante; ambos tienen la misma intensidad, pero éste ve lo que ya no existe, y aquél lo que se encuentra en torno suyo. Su función literaria y su destino histórico son parecidos. Walter Scott transforma con Byron la literatura inglesa, o propiamente hablando, la establece. Hasta el fin del siglo XVIII, ésta había sido reflejo de las literaturas meridionales; italiana durante el reinado de Isabel, francesa durante el reinado de Carlos II. Pero el impulso dado a las letras en Alemania por Bodmer, Lessing, Goethe y Schiller, su protesta contra la imitación griega o romana, hacen vibrar la fibra nacional y Cooper el melancólico, Burus el rústico, el cáustico y analítico Crabbe, despiertan en los espíritus ingleses el amor a lo propio y lo castizo. Walter Scott y Byron, fueron los dos caudillos de este movimiento y por lo tanto, los fundadores de la moderna literatura inglesa. Byron tenía talento superior y facultad creadora más enérgica; mas sus genialidades, su egotismo, le aíslan de la corriente general y restringen su influjo en la evolución romántica. Walter Scott, dotado de un temperamento tranquilo como el de Goethe, ensancha más la esfera de su influencia.

Cooper funda también una literatura. Mas, en mi concepto, es más creador, más 'representativo' en Norte América, que el autor de *Quentin Durward* en Inglaterra. Cooper no vivifica ni renueva: crea.<sup>21</sup>

La literatura de los Estados Unidos no existía hasta que él apareció. Walter Scott puede ser considerado como el padre de la novela retrospectiva: Cooper es en América el fundador de la novela experimental. Por de contado esta novela experimental no alcanza en Cooper el grado de progreso en que hoy la vemos. No estudia al individuo, sino el medio en que éste se mueve. No experimenta en hombres, sino en cosas. Pero Cooper, por decirlo así, pinta el fondo, el cielo, el campo y las azules lontananzas de la mar. Más tarde, cuando la evolución avanza, vendrán a desprenderse de ese cielo y a sobresalir en ese plano, las figuras determinadas y vivientes. En el terreno de la estética pura, Walter Scott es superior a Cooper. Es más humano: en sus poemas y novelas interviene por mucho el elemento emocional. Crea tipos que se reflejan en la memoria y no se borran. Pertenecen a una civilización más adelantada. Después de leer sus hechiceras narraciones, se recuerda perfectamente a la judía, al guerrero o al cazador escocés.

Después de leer a Cooper, sólo una cosa se recuerda: América. Esta inferioridad depende de la distinta evolución en que ambas literaturas se encontraban; y ya la explicaré, al conducir mi estudio. Mas, por lo mismo que no puede equipararse el estado intelectual de Inglaterra con el estado intelectual de los Estados Unidos, Cooper, como talento creador, vale, en mi juicio, más que el bardo escocés. Este exhuma, aquél construye. El uno resucita, el otro engendra.

En una circunstancia son iguales: ambos carecen de estilo. En Swift, en Sterne, en Samuel Johnson hay estilo distinto.<sup>22</sup> En Swift es la bilis amarga, la 'splendida bilis' de Horacio. En Johnson, la línea recta de la sintaxis latina.

<sup>21</sup> Del novelista, historiador y biógrafo escocés Sir Walter Scott (1771-1832), la Librairie de Firmin, Didot et Cie., llevaba publicadas en París, hacia 1883, las siguientes traducciones del inglés al francés: *Ivanhoe*, *Quentin Durward*, *Kenilworth*, *Rob-Roy*, *L'antiquaire*, *Les puritains d'Écosse*, *Guy Mannering*, *La jolie fille de Perth*, *Waverley*, *La prison d'Édimbourg*, ediciones conocidas por M.G.N.; agregamos *Contes d'un grand-père* (París: Librairie Blériot, Héri Gauthier, 1890) de la "Nouvelle Bibliothèque Populaire", 94; además Allan Cunningham publicó un interesante artículo titulado "Histoire biographique et critique de la littérature anglaise. Depuis cinquante ans", en la *Revue des Deux Mondes* (París, 1834, tome premier, troisième série, p. 5-29), en el que habla acerca de los historiadores Jean Lingard, Georges Chulmers, Sir James Mackintosh, Sir Walter Scott, William Roscoe, Sir John Malcolm y los biógrafos Boswell, James Currie, William Hayley, William Gifford, Jean Gibson Lockhart, Thomas Moore y otros. De James Fenimore Cooper (1789-1851), novelista norteamericano, *Le dernier des mohicans*, *Les pionniers*, *La prairie*, *L'Espion*, *Le monastère*, *L'Abbé*, *La fiancée de Lammermoor*, *Redgauntlet*, *Woodstock*, *Le pirate*. (París: Librairie de Firmin Didot et Cie., 1884) I vol.; además: *Precaution* (1820), *The spy* (1821), *The pioneers* (1823), *The pilot* (1825), *Lionel Lincoln* (1825), *The last of the mohicans* (1826), *The prairie* (1827), *The red rover* (1828), *Notions of the americans*, *Picked up by a traveling bachelor* (1828), *The wept of Wishton-Wis* (1829), *The Bravo* (1831), *The monikins* (1835), *Homeward bound* (1838), *The wing-andwing* (1842), *Satan's Toe* (1845), *The chainbearer* (1846), *The redskins* (1846), *The crater* (1847), *The ways of the hour* (1850), etc.

<sup>22</sup> Jonathan Swift (1667-1754), Laurence Sterne (1713-1768) y Samuel Johnson (1709-1784), escritores ingleses.

En Sterne, el zig-zag del humorista. Walter Scott no burila sus ideas, su estilo no tiene tiempo de atildarse ni de poner una coqueta flor en el ojal de su levita. Va de prisa. Ha menester trazar muchas biografías, muchas novelas, muchos dramas, muchos cuentos, muchas críticas, muchas epopeyas. Apenas se levanta, cuando sale. Es un estilo a medio vestir, casi desnudo.

### III

El estilo de Cooper es también desaliñado, frío. La frase atraviesa con lentitud por el período, sin detenerse a contemplar el panorama, sin inclinarse para arrancar alguna flor. Jamás canta; habla en el mismo tono, y poco a poco. Mas, en cambio, el estilo de Cooper es honrado como un notario ideal. Sin prevención ni entusiasmo, el novelista apunta con letra gruesa en el volumen forrado de cuero los objetos que ve. Hace el inventario de Norte América. Hay estilos que tienen el privilegio de purificar lo que tocan, como los reyes de Francia, según la leyenda, sanaban con la imposición de las manos a los escrofulosos. La frase de ciertos escritores —Lamartine, por ejemplo— apenas se detiene en el objeto real, a manera del ave que se posa en la rama sin doblarla y luego vuela. Cooper no hermosea ni ennoblece las impresiones que le comunican sus sentidos. No es un poeta ni tampoco un paisajista, porque los paisajistas, escogen el sitio, la hora, la luz y agrupan con arte, conforme a las leyes de la perspectiva, los objetos que se proponen pintar. Cooper pinta las cosas que ve, como las ve y en el orden en que las ve. No busca el claro oscuro, ni opone masas sombrías a masas luminosas. Su colorido es seco y algo duro. Su estilo es calvinista como él.

Pero esa misma exactitud, por la belleza de los sitios que describe el narrador, agrada mucho. Las obras de Cooper serán, si lo queréis, fotografías, pero fotografías que reproducen el susurro de las hojas en el bosque y el estremecimiento de los rizos rubios en la nuca de una mujer. Esta fidelidad minuciosa es reprochable, en tesis general. El sol dibuja la forma de los objetos con más exactitud que los mejores lápices; y los modela con más precisión que los mejores pinceles. La obra del sol, es como documento, inmejorable. Pero el sol no escoge y el arte debe escoger. Entre el sol y Ruysdaël como paisajista, yo prefiero a Ruysdaël.

Y esto, que es evidente en el dibujo, lo es más en la literatura. El pintor no fija en el lienzo más que un instante solo de la vida universal. Forzosamente, y como para compensar este defecto, no desperdicia ni una menudencia, ni un detalle. El poeta es más libre y su dominio mucho más amplio. El círculo de su acción no es un círculo fijo sino un círculo en movimiento.

Comparad la introducción de la *Mare au diable* —esa admirable sinfonía alpestre!— con las mejores descripciones de Cooper. Aquélla es un paisaje y éstas son fotografías. La relación entre el novelista americano y Jorge Sand, es la misma que existe entre el daguerrotipo y la pintura.

Pero Cooper viene a su hora en la literatura americana y hace lo que debe hacer. No era preciso aún cantar; esa alta empresa correspondía a Longfellow. Lo urgente era tener el inventario, el índice ilustrado de las bellezas norteamericanas y esto fue lo que hizo Cooper.

Las descripciones esparcidas en sus obras son tan importantes para el estudio de los Estados Unidos, como las fotografías de M. Thénard para el estudio del antiguo Egipto. Toda la gran naturaleza americana despliega sus mil prestigios en la obra de Cooper. Créese oír el estruendo de los grandes ríos que Chateaubriand describe en su viaje de Mackensie. Nada hay más hermoso que la corriente de las ondas agitadas tantas veces descrita por Fenimore Cooper<sup>23</sup>. Figúrese el lector un río inmenso atravesando los más espesos bosques; píntese en la imaginación los frondosos árboles que coronan sus márgenes: encinas, sauces, encorvados por el peso de los años, bañando en las aguas su poblada cabeza; plátanos de occidente, reflejándose en las ondas con las ardillas negras y los armiños blancos que trepan por sus troncos o saltan entre sus lianas, sicomoros del Canadá reunidos en grupo; álamos de Virginia elevándose solitarios y formando móviles avenidas. Tan pronto un río, saliendo del fondo de un desierto, viene a formar con el que se está navegando, una frondosa confluencia, tan pronto aparece una estrepitosa catarata que entapiza el costado de los montes con azulados velos. Las orillas huyen, serpentean, se ensachan y se angostan; aquí se ven rocas suspensas sobre ellas; allá, jóvenes árboles cuyas copas están niveladas como el suelo que los sustenta. Por todas partes suenan murmullos indefinibles, hay ranas que mugen como toros, otras que viven en el hueco de los carcomidos y cuya no interrumpida vocinglería imita en cierto modo el son de la campanilla de una oveja y el ladrido de un perro. El viajero, en medio de aquellos sitios salvajes, cree estar cerca de la cabaña de un labrador y oír los pasos del ganado en marcha. Vastas armonías llenan los ángulos del bosque, cuando sopla el viento, como un coro universal de hamadriadas; mas no tardan esos conciertos en irse debilitando, hasta morir gradualmente en la copa de los cedros y en la punta de las cañas, y atónito el viajero no define si vibran todavía en la onda sonora o si se han desvanecido en el silencio.

En ciertas páginas del insigne novelista la minuciosidad de las descripciones no excluye la emoción. Leed por ejemplo aquel capítulo de los 'Leones de la mar', en el que se pinta la salida de dos goletas de la isla de las focas. ¿A dónde van? A buscar una salida entre los bancos de hielo. El frío, la oscuridad, la indecisión de los marinos, todo lo vé o siente el lector. Se cree escuchar el choque seco y siniestro de la proa con los nevados témpanos que rompe. En *Satan's Toe* hay una escena de deshielo sorprendente.<sup>24</sup> En la América Septen-

<sup>23</sup> Véase Alejandro Mackensie por Chateaubriand (nota del autor).

<sup>24</sup> Fenimore Cooper, *Satan's Toe* (1845).

trional este deshielo rápido es hermosísimo. Es el momento en que los bosques y los valles se transforman. Los ángulos prominentes de las rocas son los primeros que aparecen sobre la uniforme blancura de la nieve. En seguida, surgen las rojizas cabezas de los abetos y precoces arbustos reemplazan con festones de verdura los cristales de hielo que pendían de sus ramas. La naturaleza va entreabriendo su túnica de nieve, como la novia que en la noche de las bodas descifre tímidamente su vestidura virginal, recatando en parte o procurando recatar el seno a la mirada ardiente del esposo.

Pero lo más exacto, lo más claro, lo más sentido en Fenimore Cooper es la grandiosa descripción del Océano. Michelet dice que la vegetación termina o cuando menos disminuye cerca de las playas. Cooper, al contrario del árbol, crece, se anima, se transforma y canta al acercarse al Océano. Ya no es el mismo. Su estilo tiene más movimiento, más vida. Diríase que la brisa de los mares ensancha y refresca la frase. Las 'marinas' de Cooper son soberbias. La vela se infla, el mástil cruje, los cables retorcidos se quejan, la ola salpica el rostro del lector, se percibe el olor del alquitrán y se ve la columna de humo azul que sale de la pipa del piloto.

Resumamos: *Cooper no es poeta. Cooper no es artista; falta perspectiva y sabia distribución de las figuras en sus cuadros; pero Cooper es un espejo inmenso que copia la naturaleza americana. Antes de él, los Estados Unidos no tenían literatura nacional. Franklin, Crevecoeur, Morris y Audubon fueron las pálidas vislumbres de esa luz que en Cooper tiene la intensidad energética de la aurora. Él reúne todos los elementos literarios de Norte América. Es un gigante que desquicia y aglomera rocas para la construcción futura de una gran basílica. Como novelista, carece de inventiva fecunda y sobre todo, de emoción. Tal vez la criatura humana aparece en sus libros cacoquímica, porque está junto al monte y cerca del mar.*

Walter Scott sobrepuja a Cooper en ciencia dramática, en pasión, en talento para *reconstruir o imaginar los caracteres. Walter Scott pinta mejor al hombre; Cooper pinta mejor la naturaleza. El escocés anima la historia; el angloamericano copia la realidad inanimada. Ambos tienen muy semejante significación: la de fundadores. Pero Walter Scott no funda verdaderamente. Sigue la evolución romántica y transforma una literatura que ya existía. En su reconstrucción de Escocia le habían precedido Mistriss Grant, Allan-Ramsay, Burns, Macpherson, Buchanan. Cooper no tiene predecesores y establece una literatura nueva. Después de Cooper, la verdadera encarnación de la literatura norteamericana es Henry Wadsworth Longfellow.*

¡Al fin llegamos! Antes de hablar, empero, sobre el insigne autor de *Evangelina* a quien dedicaré el penúltimo artículo de esta larga serie, necesito sacudir

el polvo de mis sandalias, cual peregrino en el umbral de un templo, y acercar a mis labios el carbón encendido de Isaías.<sup>25</sup>

*Ramona* [de Helen Hunt Jackson]

¡Consolador libro este de *Ramona* en el que hay cuerpos sanos y almas buenas! ¡Bonita novela esta que despide olor de selva virgen y tiene serenidad de fiesta! Se lee de un sorbo, como se toma, cuando se tiene sed, un gran vaso de agua fresca. Se siente uno bien en sus páginas, como dentro de un baño en tiempo de calor. Sosiega, al modo que sosiega y aquietta los nervios y tranquiliza la conciencia, conversar, con alguno de esos buenos y amables curas párrocos que creen mucho en Dios y aman mucho a todos los que sufren; desde el niño que todavía no convalece de su caída del cielo hasta el anciano que se queja, muy enfermo de vida.<sup>26</sup>

La novela moderna es la novela de la neurosis. Es como azogue aplicado a la carne dormida para estimularla y enardecerla. El novelista nos pasea por salas de hospitales, por galeras de presidio; nos sienta en el confesonario a oír pecados; nos acerca al catre del agonizante y levanta las sábanas para que veamos llagas: ¡cuántos locos! ¡cuántos malvados! ¡qué olor de sangre! ¡qué vapor de lágrimas! En algunas escenas se siente la felicidad; pero no la que dura mucho, precisamente porque puede coexistir con el dolor, sino la que arde, brilla y muere al par que las bujías en los candelabros de la fiesta. Leyéndolas suele sentirse un beso, pero el beso de la ménade, el beso hasta los dientes. Y este beso de *Ramona*, es el que da el niño en la mano del sacerdote que acaba de darle la primera comunión; el beso que desde ese día queda dormido entre los labios y despierta después para esconderse en la boquita de la esposa y volar de ella con otro e ir a posarse en los cabellos rubios del primer hijo. ¡Bonita novela esta de *Ramona* en la que hay mujeres que no son adúlteras y amores que sólo tienen boca y ojos y alas, como los querubines de la Asunción!

La novela moderna ha perdido la voluptuosidad. Nada hay más voluptuoso que lo casto. El mismo *Rêve* de Zola, ese cuento azul, es una intensa lujuria de espíritu, es un "sueño" de carne. Será esa novela una arrepentida; pero no es una virgen. Y es que a lo puro sólo llega lo que aún no ha sido profanado. La mano que la sangre manchó, no puede tocar el cáliz místico.<sup>27</sup>

¿Qué es la musa de Zola en su última obra? Es la pobre Marion que quiere inútilmente "rehacerse una virginidad" por el amor.

<sup>25</sup> Se publicó como una de las "Humoradas dominicales" en *El Partido Liberal*, t. VI, núm. 1138 (23 de diciembre de 1888), p. 1, bajo el título de "*Ramona*: novela americana por Helen Hunt Jackson. Traducción española de José Martí", firmada por "El Duque Job".

<sup>26</sup> Helen Hunt Jackson (1831-1885), poetisa y novelista norteamericana, autora de *Ramona. A story by...*, novela editada dos veces en Boston por Roberts, brothers, hacia 1884 y 1885 (490 p.); la siguiente edición fue en 1900 y posteriormente tuvo por lo menos 10 reediciones hasta 1939.

¿Me diréis que prefiero a la norteamericana Helen Hunt Jackson y que la antepongo a los grandes novelistas contemporáneos? ¡Oh, no! Zola tiene enormemente más talento y Daudet también y Maupassant y Paul Bourget y otros muchísimos. Helen Hunt Jackson tiene menos talento, pero hace sufrir menos. Yo no digo este libro es el mejor: digo sí que es muy bello y es muy bueno. Digo que es apacible y que me gusta, como me agrada después de muchas horas de trabajo, dejar los libros y correr al campo. Sabe a nuevo, huele a fresco.

Y agregó que ha de complacer y deleitar a los demás, porque el moderno gusto no descansa en el naturalismo como en un lecho cómodo. A manera de los enfermos, sueña en viajes. Notad cómo crece la afición a las literaturas exóticas. ¿Qué conocíamos antes de la literatura rusa? A. Puschkin, a Turgueñef, que casi era francés. ¿Qué conocemos ahora? Casi todo. Hemos bajado a esa novela extraña que tiene cuevas húmedas y calabozos oscuros, por cuyos enrejados y claraboyas salen clamores de siervos. Nos alivia y distrae soltar el brazo de Nana para oír atentos los sombríos discursos de Tolstoi.<sup>28</sup>

La novela inglesa tiene menos devotos, porque es muy fría, muy estirada, y flaca y angulosa. Va vestida de dril y con paraguas blanco de forro azul. Nos cansa Jorge Eliot y nos parece muy virtuosa, pero muy zonza, Rhoda Broughton. ¡Cuánto más bellos eran los castillos y torreones de Walter Scott, y las casitas hospitalarias del buen Carlos Dickens! Estos protestantes leen demasiado la Biblia. Todo lo hacen a hora fija, 6 y a nosotros, los inquietos y fervorosos latinos, nos aburren.

En Italia sí florece la novela que apeteceamos, como para mudar de temperamento, como para veranear y vivir en quietud algunos días. ¡Qué deliciosos cuadros de género los de Farina! ¡Qué admirables lienzos, a lo Détaille, a lo

<sup>27</sup> Émile Zola (1840-1902), *Le rêve par...* (Paris G. Charpentier et Cie., 1888, 2-310 p., en la colección de "Les Rougon-Macquart" (17); la siguiente edición fue de 1894; obra que M.G.N., quiere a citar en parecida forma hacia 1890: "Y estos ojos del gran maestro del naturalismo son por extremo raros, verdaderamente extraordinarios. Pueden mirar el cielo y lo miraron en la Página de amor, en *El ensueño*. Pero en el cielo sólo se ven estrellas, nubes, celajes... no ven ángeles. Porque hasta los ángeles que Zola pinta son de carne. Hombres, mujeres, árboles, montañas, minas, locomotoras, es lo que ven esas pupilas dilatadas. Almas, no". (Cf. *El Partido Liberal*, t. IX, núm. 1555 (México, 18 de mayo de 1890), p. 1.

<sup>28</sup> Alejandro Puschkin (1799-1837). Sobre el "casi francés" Alejandro Ivanovitch Turgueñef (1774-1846), la editorial J. Hetzel et Cie., llevaba publicados en París, hacia 1883, ocho volúmenes en francés a saber: *Dimitri Roudine, Fumée* (con prefacio de Próspero Merimée), *Etranges histoires, Les eaux printanières, Une nichée de gentils hommes, Les reliques vivantes, Terres virges y Nouvelles moscovites*. A León Tolstoi (1828-1910), M.G.N., lo considera en el grupo de escritores cuya obra ha contribuido a que en España haya mejores novelistas que poetas líricos: "mientras más prosa y poesía alemana, francesa, inglesa, italiana, rusa o norte y sudamericana, etc. importe la literatura española, más producirá y de más ricos y más cuantiosos productos será su exportación... ¿Y a qué se debe esta desigualdad? Pues a que esos novelistas han leído a Balzac, a Flaubert, Stendhal, a George Eliot, a Thackeray, a Bret Harte, a Salvatore Farina, a Tolstoi, a muchos otros..." (Cfr. *Obras. Crítica literaria I*, p. 102).

Neuville, esos episodios militares de Amicis! Pero en la novela italiana como en la española se echa de ver muchísimo la influencia francesa.<sup>29</sup> De la alemana nada digo porque no la conozco y la supongo acuartelada. Por eso, por la sed de nuevo, por el hambre de extrañezas, buscamos a los rusos y a los suecos, a los narradores de la Selva negra y a los bardos que cantan en los ventisqueros de Suiza. Queremos una novela que tenga campo, en la que llueva, en la que haga sol; una novela que nos lleve a montes cubiertos de nieve, que escancie en nuestro vaso leche espumosa que nos cure la anemia, nos obligue a levantarnos temprano, a nadar en el río, e hinche nuestros pulmones con su aire puro que huele a pino. Cansados de recorrer las galerías de este Museo, llenas de mujeres desnudas, como las estatuas de Gustavo Flaubert, y de pinturas de género, elegantísimas, como las de Feuillel, preguntamos impacientes: —¿en dónde está la sala del paisaje?

Porque paisaje y naturaleza viva hay en *Ramona* por eso, sin duda, me ha agradado tanto.

La literatura norteamericana es muy poco conocida. Yo había tomado de ella un alcohol demasiado fuerte, el de Edgard Poe, y una sidra demasiado dulce, la de Nathaniel Hawthorne. Saludé a Longfellow con veneración, como se saluda a un abuelo que pasa sonriendo y llevando de la mano el nietezuelo. Pero internándome luego en las boscosas soledades del Norte, he hallado verdaderos tesoros literarios. ¡Cuántas arenas de oro recogió Bret Harte en sus *Relatos californianos*! Y ese oro es nuevo, no tiene todavía el cuño del naturalismo. Es verdad que suele ser trabajosa y cansada la lectura de esas obras: se tropieza con cosas duras, como troncos descujados, y se enreda uno entre marañas de zarzas. Por eso se va con hacha.

Pero inclináos al suelo y recoged las arenas en la orilla del río. ¡Cuánto oro tienen! Se vive una vida nueva y se siente uno más sano leyendo estas novelas

<sup>29</sup> George Eliot o Mary Ann Evans Cross (1819-1880), considerada por M.G.N. en el grupo de escritoras "que pertenecen al tercer sexo o sea el de las escritoras de talento que iban a ser hombres como Madame Staël, Jorge Sand; la señora Pardo, Madame Adam, George Eliot y algunas otras..." Véase *El Partido Liberal*, t. X, núm. 1647 (septiembre 7 de 1890), p. 1. Walter Scott (1771-1832). Carlos Dickens (1812-1870), M.G.N. siempre menciona juntos a Salvatore Farina (1846-1919) y a Edmundo D'Amicis (1846-1908): "Vea usted como habla de los niños un escritor admirable: Edmundo D'Amicis; cómo los pinta otro italiano de gran talento, Salvatore Farina..."; otra ocasión escribió: "Esos niños de Poza se parecen entre sí todos los niños..." Cfr. *Obras. Crítica Literaria*, I, p. 325-326. [Sabemos poco de literaturas extranjeras, nos dice M.G.N.], "apenas si conocemos algo de Ferrari, algo de Farina y algo de Edmundo D'Amicis". Otras referencias a este último autor: "Viajar en cuerpo ajeno, sin otro desembolso que el hecho para comprar el libro, y eso cuando el viajero es Taine, Jorge Augusto Salas o Edmundo D'Amicis"; o cuando M.G.N. dijo: "Peza en sus *Cantos del hogar*, no es Víctor Hugo con sus nietezuelos, no es D'Amicis en pantunflas, es Peza con sus hijos". (Cfr. *Obras. Crítica literaria*, I, p. 231 y 323, respectivamente). Jean Baptiste Edouard (1848-1912), pintor francés y Alphonse Marie de Neuville (1836-1885), pintor militar francés.

norteamericanas. No sólo hay chimeneas en los Estados Unidos, que también árboles y en los árboles hay aves. No sólo brillan en la tierra los rieles de acero; también culebrean y corren los arroyos. No nada más las onzas son de oro, sino también los rizos de mujeres que aman.

En algunas narraciones de Bret Harte se oye mucho y asorda el rumor del trabajo, el resuello de la máquina, el chirrido de la polea, el silbo del vapor que brota en chorro hirviente. Allá va el hombre con su martillo a hender la peña, o la cabeza del rival que lo disputa un tejo de oro.

En la *Ramona* de Helen Hunt Jackson el paisaje es más sereno, patriarcal. Hay en las páginas del libro inexactitudes geográficas, relatos sobradamente minuciosos, pecados de detalle, manchas de color, pero ¡bien compensa estas minimeces con la bondad del conjunto, rico en savia, pródigo de vida, lleno de amor a la naturaleza y a la humanidad! Leed el libro, porque es bello y es bueno, tan bello y tan bueno que no parece traducido sino escrito por Martí.

Después de haberlo leído, si amáis a alguien, lo daréis a leer.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> José Julián Martí y Pérez (1853-1895), tradujo la novela americana *Ramona* en 1887 y la publicó por su cuenta en 1888; ésta es la edición que M.G.N. leyó para escribir la presente crónica. Después apareció editada en Nueva York (s.i.), 1888, 400 p., pero en la cubierta se lee: "Segunda edición, 1889. Encantadora novela de la vida californiana (José Martí). Versión hecha con amor y esmerado celo (Max Henríquez)". Posteriormente fue editada en México (Imp. de J.F. Jens, 1889, 384 p., Biblioteca de la Familia, t. 1). Gonzalo de Quezada incluyó la traducción de *Ramona* en las *Obras de José Martí* publicadas en La Habana (Impr. de Rambla, Bouza y Compañía, 1915, vol. XIV, 453 p.). Además de la traducción, José Martí escribió una composición titulada "Los dos príncipes", con el subtítulo de "Idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson", en el núm. 2 de la revista *La Edad de Oro*, Nueva York, agosto de 1889. Véase las referencias que M.G.N. hace sobre Martí, en *Obras. Crítica literaria*, 1, p. 369-373, 130, 134, 143, 168, 278, 407, 408, 411 y 431.

